

ta, figuras y geroglíficos, con que representaban las cosas de este modo: esto es, las cosas que tenían figura, las significaban con sus figuras; para las que no tienen imágenes propias, se servían de otros caracteres significativos de aquellas: así expresaban cuanto querían; y para determinar el tiempo en que ocurría algún suceso, empleaban aquellas ruedas pintadas, cada una de las cuales comprendía un siglo de 52 años."

Pero hé aquí otra piedra de escándalo para la ignorancia del prusiano. Búrbase de las ruedas de los Mexicanos, "cuya exposicion se atrevió á dar Carreri, fiándose á un profesor castellano, llamado *Congara*, el cual no osó publicar la obra que habia prometido sobre este asunto, porque sus parientes y amigos le aseguraron que contenía muchos errores." Parece que Mr. de Paw no sabe escribir sin disparatar. Aquel profesor en quien se fió Carreri, ó sea Gemelli, no era castellano sino criollo, nacido en la misma ciudad de México: no se llamaba *Congara*, sino Sigüenza y Gongora; no dejó de estampar su *Ciclografía mexicana*, que fué la obra de que se sirvió Gemelli, por temor de la censura del público, sino por los crecidos gastos de la impresion en aquellos países, que es lo que tambien ha estorbado la publicacion de otras excelentes producciones, tanto del mismo escritor como de otros hombres doctísimos. Decir que los parientes y los amigos de Sigüenza lo disuadieron de publicar la obra, porque contenía muchos errores, no es un error ó equivocacion cometida por descuido, sino una mentira manifiesta, inventada con el premeditado designio de alucinar al público. ¿Quién puede haberle comunicado tan extraña anécdota, enteramente ignorada en México, donde es tan cara la memoria, y tan célebre la fama de aquel grande hombre, y donde los literatos no cesan de deplorar la pérdida de aquellas y de otras preciosas obras de su mano? ¿Qué podía temer Sigüenza de la publicacion de las ruedas mexicanas, publicadas ya un siglo ántes por Valadés en Italia, y descritas por Motolinía, Sahagun, Gomara, Acosta, Herrera, Torquemada y Martinez, todos europeos, y por los historiadores mexicanos, Acolhuas y Tlaxcaltecas, Ixtlixochitl, Chimalpain, Tezozomoc, Niza, Ayala y otros? Todos estos escritores están de acuerdo con Sigüenza en las explicaciones de las ruedas mexicanas del siglo, del año, del mes, y solo difieren de él acerca de los principios del año y de los nombres de algunos meses, por las razones que he indicado en el libro VI de mi Historia. Todos los que han escrito en esta materia, tanto españoles como americanos, que son en gran número, dicen á una voz que los Mexicanos y las otras naciones de aquellos países, se valían de las ruedas para representar su siglo, su año y su mes; que su siglo constaba de 52 años, su año de 365 días, distribuidos en 18 meses de 20 días cada uno, con 5 días más que llamaban *Nemontémi*; que en su siglo contaban 4 períodos de 13 años; que los nombres y caracteres de los años eran solamente cuatro, á saber: el *conejo*, la *caña*, el *pederal* y la *casa*; los cuales alternaban sin interrupcion mudando los números, etc.

"No puede ser, dice el investigador prusiano; porque estos usos supondrían una larga série de observaciones astronómicas y de conocimientos exactos sobre el arreglo del año solar, lo cual no puede combinarse con la prodigiosa ignorancia en que estaban envueltos aquellos pueblos. ¿Cómo podían perfeccionar su cronología los que no tenían voces para contar más allá de diez?" Está bien. Luego si los Mexicanos tuvieron en efecto aquel modo de coordinar el tiempo, no deberán llamarse bárbaros y salvajes, sino cultos y cultísimos; pues no merece otro epíteto la nacion que tiene una larga série de observaciones y de conocimientos exactos en astronomía. Ahora bien, la certeza del

arreglo del tiempo entre los Mexicanos, es una cosa que no admite duda; porque si el unánime consentimiento de los escritores españoles acerca de la comunión de los Mexicanos<sup>1</sup> no permite dudar de aquella solemnidad religiosa ¿no existe el mismo consentimiento unánime, añadido al de los escritores mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas, en favor del método que tenían aquellas naciones para el cómputo de los siglos, de los meses y de los años, y de la conformidad de este cómputo con el curso solar? Además de que la deposicion de los españoles en esta materia es de gran peso, pues se empeñaron, como dice Mr. de Paw, en desacreditar á los americanos hasta el extremo de poner en duda su racionalidad. Cedamos, pues, al peso de tantas autoridades; creamos lo que dicen los historiadores acerca de las ruedas, y confesemos que los Mexicanos no estaban sumergidos en la prodigiosa ignorancia que finge Mr. de Paw. Por lo que hace á la escasez de voces numerales, en otra disertacion haré ver su error y su ignorancia.

"No puede saberse, dice Mr. de Paw, la significacion de las pinturas mexicanas, porque los españoles no podían entenderlas sin que se las declarasen los Mexicanos, y ninguno de ellos ha sabido lo bastante para traducir un libro." ¡Cuántos dislates en pocos renglones! Para que los españoles entendiesen el sentido de las pinturas mexicanas, no era necesario que los Mexicanos supiesen la lengua española, pues bastaba que los conquistadores supiesen la del país, ni para explicar una pintura se necesita tanto saber como para traducir un libro. Mr. de Paw dice que la aspereza de la lengua mexicana ha impedido hasta ahora que los españoles la pronuncien, y que la estolidez de los Mexicanos les ha impedido aprender el español: una y otra especie son opuestas á la verdad. De la lengua mexicana hablaré en otra parte. La castellana ha sido siempre comunísima entre los habitantes de México, y hay muchos que la hablan tan correcta y fluidamente como los mismos españoles. Muchos de ellos escribieron en castellano su historia antigua y la de la conquista, como puede verse en el catálogo que se halla al fin de esta obra: otros tradujeron libros latinos en castellano, castellanos en mexicano, y mexicanos en castellano; entre los cuales son dignos de particular mencion D. Fernando Alva Ixtlilxochitl, de quien tantas veces he hablado; D. Antonio Valeriano de Azcapozalco, maestro de lengua mexicana del historiador Torquemada, que habla de él con grandes elogios; D. Juan Berardo, de Huexotzinco; D. Francisco Bautista Contreras, de Cuauhnahuac; Fernando Rivas y Estéban Bravo, de Texcoco; Pedro de Gante; Diego Adrian y Agustin de la Fuente, de Tlaltelolco.<sup>2</sup> Sabemos por la historia de la conquista que la célebre india Doña Marina aprendió con extraordinaria prontitud y facilidad la lengua castellana, y que hablaba muy bien la mexicana y la maya, más diferentes entre sí que el frances, el hebreo y el illirico. Habiendo, pues, habido en todos tiempos muchos españoles que han hablado el mexicano, y muchos Mexicanos que han hablado el español, ¿qué tiene de imposible que los Mexicanos hayan explicado á los españoles el sentido de sus pinturas?

Es cierto que en las copias de las pinturas mexicanas publicadas por Purchas

<sup>1</sup> "Confieso que el consentimiento de los historiadores españoles no permite dudar que estos dos pueblos (mexicano y peruano) en la masa enorme de sus supersticiones, tenían algunos usos que no se diferenciaban mucho de lo que nosotros llamamos comunión."—Investigaciones filosóficas, tom. II, carta á Mr. \*\*\* sobre la religion de los americanos.

<sup>2</sup> Véase sobre este asunto la *Monarquía Indiana*, de Torquemada; el *Epítome de la Biblioteca Occidental*, de Pinelo; la *Biblioteca Mexicana*, del Dr. Eguíara, y el *Teatro Mexicano*, de Betancourt.

y por Thevenot, no se ven observadas las proporciones ni las leyes de perspectiva; pero es necesario tener presente que aquellos toscos dibujos están grabados en madera, lo que verosímelmente aumentaría los defectos del original. Ni es de extrañar que las referidas estampas fuesen copias imperfectísimas de las pinturas, si se observan los descuidos de toda la publicación, pues en ella se omiten enteramente las pinturas XXI y XXII, en la mayor parte de las otras faltan las imágenes de las ciudades, y además, están trastornadas las de los años correspondientes á los reinados de Ahuizot y Moteuczoma II, como ya lo he manifestado hablando de las diversas colecciones de pinturas mexicanas que existen en la actualidad. Boturini, que vió en México las pinturas originales de aquellos anales y las de la matrícula de tributos, copiadas en las obras de Purchas y Thevenot, se lamenta de los grandes defectos que se notan en estas ediciones. En efecto, basta comparar las publicadas en México el año 1770 por Lorenzana, con las publicadas en Lóndres por Purchas y en Paris por Thevenot, para conocer la gran diferencia que reina entre unas y otras. Yo no me empeño, sin embargo, en defender la perfeccion de las pinturas originales copiadas por Purchas; ántes bien, soy de opinion que eran imperfectas, como todas las históricas de aquellos pueblos, pues los pintores solo se limitaban á los contornos y al colorido de los objetos, sin curarse de la perspectiva, de las proporciones ni del claro oscuro. Ni era posible que observasen escrupulosamente las reglas del arte, si se atiende á la extraordinaria prontitud con que pintaban, de lo que dan fé Cortés y Bernal Diaz, como testigos oculares. Pero veamos las consecuencias que de todo esto deduce Mr. de Paw. Los Mexicanos no observaban en sus pinturas las reglas de la perspectiva: luego no podian por medio de ellas perpetuar la memoria de los sucesos. Los Mexicanos eran malos pintores: luego no podian ser buenos historiadores. Pero si se quiere adoptar esta lógica, deberemos tambien decir que los que no tienen buena letra no pueden ser buenos historiadores; pues las letras son para los nuestros lo que las pinturas para los Mexicanos; y así como pueden escribirse buenas historias con mala letra, así tambien pueden representarse bien los hechos históricos con imágenes toscas: lo esencial es que se entienda lo que se ha querido expresar.

Mas esto es justamente lo que Mr. de Paw no encuentra en las copias de Purchas. Declara que habiendo confrontado de diversos modos las figuras con la explicacion, no halla la menor relacion entre aquellas y esta, y que así como en una de ellas se interpretan ocho reyes de México, podrian entenderse del mismo modo ocho concubinas de Moteuczoma. Esto mismo podría sucederle si se le presentase el libro *Chun-yum* del filósofo Confucio, escrito en caracteres chinos, con la interpretacion al lado en lengua francesa. Confrontaria de varios modos los caracteres chinos con la interpretacion, y no hallando la menor relacion en ellos, diria que como se interpretan allí las nueve condiciones que debe tener un buen emperador, así podrian interpretarse las nueve concubinas, ó los nueve eunucos que tuvo un emperador antiguo, pues tanto entiendo de figuras mexicanas como de caracteres chinos. Si yo pudiera abocarme con Mr. de Paw, le demostraria la relacion que hay entre las ideas y las imágenes de que se valian los Mexicanos para representarlas; mas pues lo ignora, debería remitirse al juicio de los inteligentes.

Cree, ó quiere hacernos creer, que las pinturas copiadas por Purchas son las únicas que escaparon del incendio dispuesto por los primeros misioneros; mas esto es falsísimo, como lo hice ver en el tomo I, rebatiendo la opinion de Robertson. Las pinturas que se preservaron del incendio fueron tantas, que ellas

suministraron la mayor parte de los materiales para la historia antigua de México, no solo á los escritores mexicanos sino á los españoles. No se fundaban en otros apoyos ni documentos las obras de D. Fernando Alva Ixtlilxochitl, de D. Domingo Chimalpain, de D. Fernando Alvarado Tezozomoc, de D. Tadeo de Niza, de D. Gabriel de Ayala y de los otros que he nombrado en mi catálogo. El infatigable Sahagun se valió de muchas pinturas para su Historia de la Nueva España. Torquemada cita con frecuencia las que consultó para su obra. Sigüenza heredó los MSS. y las pinturas de Ixtlilxochitl y adquirió otras muchas á sus expensas, y despues de haberse servido de ellas, las dejó por su muerte, con su preciosa librería, al colegio de San Pedro y San Pablo de jesuitas de México, donde yo ví y estudié muchas de ellas. En los dos últimos siglos se presentaban muchas veces por los indios, en los tribunales de México, pinturas antiguas, como títulos de propiedad ó de posesion de las tierras, y para esto habia intérpretes instruidos en su significacion. Gonzalo de Oviedo hace mencion de este uso, en tiempo de D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, presidente de la audiencia de México; y porque era de mucha importancia la inteligencia de aquellos títulos para la decision de los pleitos, habia en la universidad de México un profesor encargado de enseñar la ciencia de las pinturas, de los geroglíficos y de los caracteres. Las muchas pinturas recogidas por Boturini é indicadas en el catálogo de su museo, impreso en Madrid el año de 1746, como las que yo he citado en muchas partes de esta obra, prueban que no son pocas, como pensaron Mr. de Paw y el Dr. Robertson, las que escaparon del incendio de los misioneros.

Finalmente, para mayor confirmacion de lo que llevo dicho y para manifestar á Mr. de Paw la variedad de las pinturas mexicanas, extractaré lo que dejó escrito el Dr. Eguiara <sup>1</sup> en el erudito prefacio de su *Biblioteca Mexicana*. "Habia, dice, pinturas lunares, llamadas *Tonalamatl*, en que publicaban sus pronósticos acerca de las mudanzas del tiempo. De una de ellas se sirvió el Dr. Sigüenza en su *Ciclografia Mexicana*, como él mismo asegura en la obra que intituló *Libra Astronómica*. Otras contenian los horóscopos de los niños, en que se representaban sus nombres, los signos de su nacimiento y su hado ó estrella: de esta clase son las que menciona Gerónimo Roman, en su *República del Mundo*. Otras eran dogmáticas, que contenian el sistema religioso de aquellos pueblos; otras históricas, otras geográficas. Es cierto que las que se hacian para el uso comun y familiar eran tan claras que todos las entendian; pero las que contenian los arcanos de la religion, estaban llenas de geroglíficos que no estaban al alcance del vulgo. Habia, además, gran diversidad entre ellas, tanto con respecto á los pintores, como por lo que hace á su ejecucion, á su fin y á su uso. Las que se destinaban al ornato de los palacios eran perfectas; pero en las que contenian algun sentido misterioso, se veian ciertos caracteres y figu-

<sup>1</sup> El Dr. Eguiara, digno de perpétua memoria por su índole amabilísima, por su incomparable modestia, por su vasta literatura y por el celo con que trabajó hasta su muerte en servicio de su patria, nació en México á fines del siglo pasado. Fué muchos años profesor de teología en aquella universidad, y publicó en un tomo en folio algunos tratados teológicos muy apreciados. Fué rector y luego canciller de aquel cuerpo literario, y dignidad de aquella iglesia metropolitana, amado siempre y reverenciado por toda clase de personas, por la pureza de su vida y la solidez de su doctrina. Despues de haber renunciado el obispado de Yucatan, á que lo destinó el rey Católico en atencion á sus relevantes méritos, publicó en México un tomo en folio de su *Biblioteca Mexicana*, para la cual, además de la inmensa fatiga de recoger, ordenar y perfeccionar los materiales, mandó llevar de Paris una gran imprenta, provista de caracteres romanos, griegos y hebreos. Su muerte, ocurrida en 1763, no nos permitió ver terminada aquella obra, que hubiera hecho mucho honor á su patria.

ras horribles. Los pintores eran muchos; pero el escribir los caracteres, el componer los anales y el tratar de los asuntos relativos á la religion, eran funciones propias de los sacerdotes." Hasta aquí el Dr. Eguiara.

Sepa, pues, Mr. de Paw que de las pinturas mexicanas, algunas eran imágenes simples de los objetos; otras, caracteres que no expresaban palabras como los de nuestra escritura, sino cosas como las de los astrónomos y algebristas. Algunas pinturas estaban destinadas á expresar solamente las cosas ó las ideas, ó por decirlo así, á escribir; y en éstas no se curaban de las proporciones, ni de la belleza, porque se hacían de prisa, para instruir la mente y no para recrear los ojos; pero en las que procuraban imitar la naturaleza, y que se ejecutaban con la lentitud que requieren obras de esta especie, se observaban las proporciones, las distancias, las actitudes y las reglas del arte, aunque no con tanta perfeccion como las que admiramos en los buenos artistas de Europa. Como quiera que sea, yo quisiera que Mr. de Paw me indicase en el antiguo continente un pueblo bárbaro ó semibárbaro que haya empleado tanta industria y diligencia como los Mexicanos, en eternizar la memoria de sus sucesos.

El Dr. Robertson, hablando de la cultura de los Mexicanos en el libro VII de su Historia, expone los progresos que hace la industria humana para llegar á la invencion de las letras, con cuya combinacion puedan expresarse todas las modificaciones del habla. Estos progresos sucesivos son, segun aquel escritor, de la pintura actual al simple geroglífico; de éste al símbolo alegórico; del símbolo alegórico al carácter arbitrario, y últimamente, al alfabeto. Si alguno busca en aquella obra á qué grado llegaron los Mexicanos, no podrá ciertamente adivinarlo; pues el autor habla con tanta ambigüedad, que á veces parece creer que llegaron apénas al simple geroglífico, otras al carácter arbitrario. Diga lo que quiera, lo cierto es que todos los modos que cita de representar las ideas, excepto el alfabeto, estaban en uso entre los Mexicanos. Sus caracteres numerales, los significativos de la noche, del día, del año, del siglo, del cielo, de la tierra, del agua, de la voz, del canto, etc., ¿no eran acaso verdaderos caracteres arbitrarios y convencionales? Llegaron, pues, al mismo grado que los famosos chinos despues de tantos siglos de cultura. No hay otra diferencia entre los unos y los otros, sino que los caracteres chinos se han multiplicado con tanto exceso, que no basta la vida del hombre para aprenderlos.

El mismo Dr. Robertson, léjos de negar, como hace temerariamente Mr. de Paw, la existencia de las ruedas seculares de los Mexicanos, reconoce su método en el cómputo de los tiempos, y confiesa que habiendo ellos observado que en 18 meses de 20 días cada uno, no se abrazaba el curso completo del sol, añadieron los cinco días *Nemontémi*. "Esta gran proximidad, añade, á la exactitud filosófica, muestra claramente que los Mexicanos habian prestado á las investigaciones especulativas la atencion que los hombres en estado de salvajes no suelen emplear en semejantes objetos." ¿Qué hubiera dicho al saber, como sabemos, no solo por el gravísimo testimonio del Dr. Sigüenza, sino por observaciones propias sobre la cronología mexicana, que además de contar aquellas gentes 365 días en el año, reconociendo el exceso de casi seis horas del año solar con respecto al civil, remediaron esta irregularidad por medio de los 13 días intercalares que añadian á su siglo de 52 años?

## ARTES DE LOS MEXICANOS.

Despues de haber hecho Mr. de Paw una ignominiosa descripcion del Perú y de la barbarie de sus habitantes, habla de México, "de cuyo imperio, dice, se han contado tantas maravillas y falsedades como las del Perú; pero lo cierto es, añade, que aquellas dos naciones eran casi iguales, ora se considere su gobierno, ora sus instrumentos y sus artes. La agricultura estaba en ellas abandonada; la arquitectura era mezquina; sus pinturas toscas; sus artes imperfectas; sus fortificaciones, sus palacios, sus templos, puras ficciones de los españoles. Si los Mexicanos hubieran tenido fortificaciones, hubieran podido guarecerse de los efectos de las armas de fuego, y aquellos seis mezquinos cañones de hierro que llevó consigo Cortés, no hubieran destruido en un momento tantos baluartes y trincheras. Los muros de sus edificios no eran otra cosa que grandes piedras, puestas unas sobre otras. El ponderado palacio en que residian los reyes de México, era una cabaña; por lo que Cortés, no hallando habitacion proporcionada en toda la capital de aquel Estado que acababa de someter, se vió en la precision de mandar construir un palacio, que todavía subsiste." No es fácil llevar cuenta de los desatinos que amontona Mr. de Paw en este pasaje; pero dejando aparte los relativos al Perú, hablemos tan solo de lo que escribe sobre las artes de los Mexicanos.

De su agricultura he hablado lo bastante para hacer ver que no solo cultivaban con gran esmero todas las tierras cultivables del imperio, sino que formaban con maravillosa industria nuevos terrenos, construyendo en la superficie del agua aquellos huertos y jardines flotantes, tan celebrados por españoles y extranjeros, y que aun admiran los que navegan en los lagos. Tambien he probado, con la autoridad de muchos testigos oculares, que no solo cultivaban las plantas útiles al mantenimiento y al vestido del hombre, y al alivio de sus males, sino tambien las flores y los otros vegetales que solo sirven á los placeres de la vida. Cortés, en sus cartas á Carlos V, y Bernal Diaz en su Historia, hablan con admiracion de los famosos huertos de Iztapalapan y de Huaxtepec, que uno y otro vieron, y de los que habla tambien el Dr. Hernandez, que los vió 40 años despues de la conquista. El mismo Cortés, en su carta al emperador, fecha 30 de Octubre de 1520, dice: "es cosa grande la muchedumbre de habitantes en estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado." Es necesario tener una dosis nada vulgar de terquedad para negar crédito á esta clase de testimonios.

Con los mismos apoyos he hablado de la gran diligencia de los Mexicanos en la cria de toda especie de animales, en cuyo género de magnificencia excedió Moteuczoma á todos los reyes del mundo. Era imposible que aquellas gentes mantuviesen tan estupenda variedad de cuadrúpedos, aves y reptiles, sin tener grandes conocimientos acerca de su naturaleza, de su instinto, de su modo de vivir, etc.

Su arquitectura no era ciertamente comparable con la de los europeos; mas era muy superior á la de la mayor parte de los pueblos de Asia y Africa. ¿Quién osará comparar á las casas, á los palacios, á los templos, á los baluartes, á los acueductos, á los caminos de los antiguos Mexicanos, no ya las miserables cabañas de los tártaros, de los siberianos, de los árabes y de aquellas mezquinas naciones que viven entre el Cabo-Verde y el de Buena-Esperanza, sino los edificios de Etiopia, de una gran parte de la India, de las islas del Asia y del Afri-

ca, y entre ellas el Japon? Basta confrontar lo que han escrito acerca de la arquitectura de todos estos países los viajeros que los han recorrido y examinado, para desmentir á Mr. de Paw, el cual osa asegurar que todas las naciones americanas eran inferiores en industria y sagacidad á los pueblos más groseros del antiguo continente.

Dice que el ponderado palacio de Moteuczoma no era mas que una cabaña; pero Cortés, Bernal Diaz y el conquistador anónimo, que tantas veces lo vieron, dicen todo lo contrario. "Tenia, dice Cortés hablando de Moteuczoma, en esta ciudad (de México) casas para su habitacion, tales y tan maravillosas, que no creo poder expresar su excelencia y grandeza; por lo que diré tan solamente que no las hay iguales en España." Así escribe este conquistador á su rey, sin miedo de que lo desmientan sus capitanes y soldados, los cuales tenian á la vista los objetos de que se habla. El conquistador anónimo, en su curiosa y sincera relacion, tratando de los edificios de México, se explica en estos términos: "habia hermosas casas de señores, tan grandes y con tantas cuadras y jardines altos, y bosques, que nos dejaban atónitos. Yo entré cuatro veces por curiosidad en un palacio de Moteuczoma, y habiendo girado en lo interior hasta cansarme, no lo ví todo. Acostumbraban tener al rededor de un gran patio, cámaras y salas grandísimas; pero sobre todo habia una tan vasta, que dentro de ella podian estar tres mil hombres sin incomodarse: era tal, que el corredor que habia encima formaba una placeta en que podian correr cañas treinta hombres á caballo." De semejantes expresiones usa Bernal Diaz en su Historia. Todos los historiadores de México convienen en que el ejército de Cortés, compuesto de más de 6,400 hombres, entre españoles, Tlaxcaltecas y Cempoaltecas, se alojó todo en el palacio que habia sido del rey Axayacatl, y quedó bastante para la habitacion del rey Moteuczoma y de su servidumbre, además de los almacenes en que estaba guardado el tesoro del primero de aquellos dos monarcas. Por los mismos escritores consta la magnificencia y bellísima disposicion del palacio de los pájaros; y Cortés añade que en las piezas de aquel edificio podian alojarse cómodamente dos grandes príncipes con todas sus cortes, y describe menudamente sus pórticos, sus cuartos y jardines. El mismo Cortés dice á Carlos V que en el palacio del rey Nezahualpilli, en Texcoco, se alojó él con 600 españoles y 40 caballos, y que era tan grande, que cabian en él 600 hombres más. Tambien habla del palacio del señor de Iztapalapan, y de muchas ciudades, alabando su estructura, su hermosura y su magnificencia. Tales eran las cabañas de los reyes y señores de México.

Decir, como dice Mr. de Paw, que Cortés mandó construir á toda prisa un palacio, porque no hallaba habitacion proporcionada en aquella capital, es un error, que hablando con mayor propiedad, deberá llamarse una mentira. La verdad es, que Cortés, durante el asedio de México, quemó y arruinó la mayor parte de su caserío, como él mismo refiere, con cuyo objeto pidió y obtuvo de sus aliados algunos millares de hombres que únicamente se empleaban en echar abajo los edificios, á medida que los españoles adelantaban, á fin de no dejar á retaguardia ninguna casa en que pudieran parapetarse los enemigos. No era, pues, extraño que el caudillo español careciese de alojamiento proporcionado, en una ciudad que él mismo habia destruido; pero esta destruccion no fué tan general que no quedasen en pié muchas buenas casas en el cuartel de Tlaltemolco, en que hubieran podido acomodarse muy bien los españoles y todos sus aliados. "Desde que dispuso nuestro señor, dice Cortés, que esta gran ciudad de Temixtitlan (México) fuese conquistada, no me pareció bien residir en ella,

por causa de muchos inconvenientes; así que, me fuí con toda mi gente á vivir á Coyoacan." Si fuese cierto lo que dice Mr. de Paw, Cortés hubiera dado por motivo de su salida de la capital, la falta de edificios para su residencia y la de sus tropas. El palacio de Cortés se construyó en el mismo sitio en que habia estado el de Moteuczoma. Si Cortés no hubiese arruinado éste, hubiera podido habitar cómodamente en él, como habitaba Moteuczoma con toda su corte. Además, es falso que exista actualmente el palacio de aquel conquistador, pues se quemó el año de 1692, en una sedicion popular. Pero sobre todo, es falsísimo que los muros de los edificios mexicanos no fuesen mas que grandes piedras, puestas unas sobre otras, sin ninguna union: lo contrario demuestran todos los historiadores y los restos de los edificios antiguos, de que despues hablaré. Así que, no hay en todo el pasaje de Mr. de Paw una sola proposicion que no sea un error.

No contento con echar al suelo las casas de los Mexicanos, tambien se pone á destruir sus templos, y enfadado con Solis porque afirma que los de México eran 2,000 entre grandes y pequeños, dice: "Jamás ha habido tan gran número de edificios públicos en ninguna ciudad, desde Roma á Pekin; por lo que Gomara, ménos temerario, ó más sensato que Solis, dice que, contando siete capillas, no se hallaron en México mas de ocho lugares destinados al culto de los ídolos." Para que se vea la fidelidad de las citas de Mr. de Paw, copiaré el pasaje de Gomara á que se refiere. "Habia, dice en el capítulo XXC, muchos templos en la ciudad de México, esparcidos por las parroquias ó barrios, con sus torres, y en ellos habia capillas y altares en que se ponian los ídolos. Casi todos eran de la misma forma; así que, lo que voy á decir del templo principal, bastará para dar á conocer todos los otros;" y despues de una menuda descripcion de aquel gran templo, ponderando su altura, su amplitud y su belleza, añade: "Además de estas torres, que se formaban sobre las pirámides, con sus capillas correspondientes, habia otras cuarenta y más, entre grandes y pequeñas, en otros *Teocallis*<sup>1</sup> menores que habia dentro del recinto de aquel templo principal, los cuales eran todos de la misma forma que éste.... otros *Teocallis* ó *Cues* habia en otros puntos de la ciudad.... todos estos templos tenian sus casas propias y sus sacerdotes, y sus dioses con todo lo necesario á su culto y servicio." Vemos, pues, que el mismo Gomara, que segun Mr. de Paw, solo halló en México ocho lugares destinados al culto de los ídolos, comprendiendo siete capillas, cuenta claramente más de 40 templos dentro del recinto del templo principal, además de otros muchos esparcidos por las parroquias y barrios. ¿Quién podrá fiarse de Mr. de Paw despues de tan manifiesta falsedad?

Es verdad que Solis mostró poca crítica en dar por cierto el número de templos que los primeros historiadores expresaron solo por un cálculo conjetural; pero tambien se muestra poco juicioso Mr. de Paw en comprender en el número de los edificios públicos las capillas que los españoles llamaron templos. De éstas habia innumerables. Todos los que vieron aquel país ántes de la conquista, declaran que tanto en los pueblos, cuanto en los caminos y en las montañas, se veian por todas partes edificios de esta clase, los cuales, aunque pequeños y diferentes en un todo de nuestras iglesias, fueron, sin embargo, llamados templos, por estar consagrados al culto de los ídolos. Así en las cartas de Cortés, co-

<sup>1</sup> *Teocalli* (casa de Dios) era el nombre que daban los Mexicanos á sus templos. Entre los españoles, los unos los llamaban templos, los otros adoratorios; los otros, acostumbrados al lenguaje de los sarracenos, mezquitas, y otros, en fin, *Cues*, palabra tomada de la lengua haitiana. Los templos pequeños solian llamarse *humilladeros* ó *sacrificaderos*.